

EL EVANGELIO NO SE ENCASILLA

Entrevista de Revista "Ercilla"

21 de febrero de 1973

• *¿Cree Ud. que el estado actual de la violencia pueda llegar a una guerra civil en Chile?*

- La guerra civil es una confesión de fracaso y un signo de descomposición. Para llegar al horror de una guerra entre hermanos, es preciso que la irracionalidad domine a los dirigentes, que las mayorías populares sean inertes, o inconscientes, que la sustancia moral de un pueblo esté quebrada. Una nación que se deja arrastrar al suicidio -porque matar al hermano es matarse a sí mismo- muestra con eso que ha fracasado en su vocación, traicionando su destino, perdido su alma.

Me resulta imposible imaginar siquiera que ésa sea la situación de Chile. Creo demasiado en la robustez espiritual de nuestro pueblo y en la conciencia de sus dirigentes, como para presagiar el espectro de una guerra en la que nadie vencería y se desangraría el alma de una nación.

• *De darse esta posibilidad, ¿cuál sería la actitud de la Iglesia? En ocasiones anteriores usted mismo o la Conferencia de Obispos han hecho llamados a la paz, a la concordia. Si la situación empeora, ¿es posible que los obispos adopten medidas más "enérgicas", por ejemplo, prohibir algún tipo de actitud a los católicos?*

- Será difícil encontrar y promulgar medidas más "enérgicas" que el Evangelio de Cristo. ¡Qué exigente y tajante es el Señor para impetrar el amor a hermanos y enemigos, para prohibir la venganza, el rencor asesino, todo lo que ofende a un hombre que es hechura, semejanza, hijo y Templo de Dios! Llegó Cristo a decir que "el que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; el que lo llama "imbécil", será reo ante el Sanedrín; el que lo llama "renegado" será reo de la gehenna de fuego". ¿Qué dirá el Señor del que

considera a su hermano un proscrito indeseable de la comunidad o familia de su propio pueblo? Los obispos no tenemos más que mantener viva, implorante, acusadora también, la voz del Señor, reprobando al hombre que no trata al hombre como quisiera él mismo ser tratado.

- *Ciertos sectores -por ambos lados del panorama político- piensan que la Iglesia ha sido demasiado “vaga” en sus declaraciones frente al momento actual. ¿Encuentra justificada la crítica o le parece que la Iglesia actuó como le correspondía?*

- Uno tiende siempre a calificar de “vagos” aquellos juicios no encasillables en categorías políticas de uso corriente. El Evangelio, como Cristo mismo, no se deja encasillar en esas categorías. Sus exigencias son más amplias, más profundas, más concretas también que las de toda afiliación política. Algunos piensan que la Iglesia, para ser concreta”, debería pronunciarse francamente o por el gobierno o por la oposición: convertirse en una facción más, sólo que avalada por un poder o autoridad sobrenatural. Pero entonces dejaría de ser la Iglesia, dejaría de ser Cristo; mesa común, lugar de encuentro, casa abierta, pan compartido, luz, camino, trascendencia. De ella habría que decir lo que el Señor afirmó sobre la sal: “Si pierde su sabor, ¿para qué sirve?”

- *En este momento, ¿piensa usted que la Iglesia, los obispos o usted personalmente, pudieron haber hecho algo más para disminuir el clima de violencia?*

- Siempre podemos orar más, ofrendar más, expiar más, amar más. El alma de Chile se nutre básicamente de un caudal de gracia generado y enriquecido por hombres y mujeres que en su trabajo y oración, en su vivir y sufrir, se miran -para imitarlo-, en el Señor que amó a los suyos hasta el extremo”.

La hora actual de Chile es un llamado a amar así, reeditando la sublime locura de la Cruz para reunir a los hijos dispersos.

- *Hay católicos que militan en los partidos Democracia Cristiana y Nacional, en*

el Movimiento Patria y Libertad. También los hay en la izquierda Cristiana, en el MAPU y en otros movimientos políticos. ¿Hasta qué punto afecta la violencia de la lucha política a la convivencia interna dentro de la Iglesia?

- Un cristiano vive de y para la Eucaristía: la comunión en un mismo pan. Celebrar la Eucaristía, proclamar con un gesto tan vital que uno se siente solidario de un mismo cuerpo con todos los que comen de ese pan, y correr al mismo tiempo por las vías del sectarismo, del revanchismo, del odio práctico, aunque teóricamente condenado, sería una farsa hipócrita. Los cristianos que no luchan por sustentar un honesto y muy legítimo compromiso político, dentro del marco de su superior compromiso eucarístico, se hacen acreedores a lo que advertía San Pablo: “Comen el pan y beben el cáliz del Señor indignamente, y se hacen reos del Cuerpo y de la Sangre del Señor”.

La pluralidad de opciones políticas de los cristianos es una oportunidad providencial para que éstos lleven el pensar y sentir de Cristo a los más diversos sectores de la comunidad nacional.

Santiago, 21 de Febrero de 1973.